

Apocalipsis de San Juan

Capítulo 1

¹Revelación de Jesucristo, que Dios le encargó mostrar a sus siervos acerca de lo que tiene que suceder pronto. La dio a conocer enviando su ángel a su siervo Juan, ² el cual fue testigo de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo de todo cuanto vio. ³ Bienaventurado el que lee, y los que escuchan las palabras de esta profecía, y guardan lo que en ella está escrito, porque el tiempo está cerca.

⁴ Juan a las siete iglesias de Asia:

Gracia y paz a vosotros
de parte del que es, el que era y ha de venir;
de parte de los siete Espíritus que están ante su Trono;
⁵ y de parte de Jesucristo,
el testigo fiel,
el primogénito de entre los muertos,
el príncipe de los reyes de la tierra.
Al que nos ama,
y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre,
⁶ y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre.
A él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos.
Amén.

⁷ Mirad: viene entre las nubes. Todo ojo lo verá, también los que lo traspasaron. Por él se lamentarán todos los pueblos de la tierra.

Sí, amén.

⁸ Dice el Señor Dios: «Yo soy el Alfa y la Omega, el que es, el que era y ha de venir, el todopoderoso».

⁹ Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia en Jesús, estaba desterrado en la isla llamada Patmos a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. ¹⁰ El día del Señor fui arrebatado en espíritu y escuché detrás de mí una voz potente como de trompeta ¹¹ que decía: «Lo que estás viendo, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias, a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardes, a Filadelfia y a Laodicea». ¹² Me volví para ver la voz que hablaba conmigo, y, vuelto, vi siete candelabros de oro, ¹³ y en medio de los candelabros como un Hijo de hombre, vestido de una túnica talar, y ceñido el pecho con un cinturón de oro. ¹⁴ Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca, como la nieve, y sus ojos como llama de fuego. ¹⁵ Sus pies eran semejantes al bronce bruñido incandescente en el crisol; y su voz como rumor de muchas aguas. ¹⁶ Tenía en su mano derecha siete estrellas; y de su boca salía una espada aguda de doble filo; su rostro era como el sol cuando brilla en su apogeo. ¹⁷ Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Pero él puso su mano derecha sobre mí, diciéndome: «No temas; yo soy el Primero y el Último, ¹⁸ el Viviente; estuve muerto, pero ya ves: vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo. ¹⁹ Escribe, pues, lo que estás viendo: lo que es y lo que ha de suceder después de esto. ²⁰ En

cuanto al misterio de las siete estrellas que has visto en mi derecha, y los siete candelabros de oro, las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias; y los siete candelabros que has visto son las siete iglesias».

Capítulo 2

¹ Escribe al ángel de la Iglesia en Éfeso: Esto dice el que tiene las siete estrellas en su derecha, el que camina en medio de los siete candelabros de oro. ² Conozco tus obras, tu fatiga, tu perseverancia, que no puedes soportar a los malvados, y que has puesto a prueba a los que se llaman apóstoles, pero no lo son, y has descubierto que son mentirosos. ³ Tienes perseverancia y has sufrido por mi nombre y no has desfalecido. ⁴ Pero tengo contra ti que has abandonado tu amor primero. ⁵ Acuérdate, pues, de dónde has caído, conviértete y haz las obras primeras. Si no, vendré a ti y removeré tu candelabro, si no te conviertes. ⁶ Con todo, tienes esto a favor: que aborreces las obras de los nicolaítas, que yo también aborrezco. ⁷ El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios.

⁸ Escribe al ángel de la Iglesia en Esmirna: Esto dice el Primero y el Último, el que estuvo muerto y ha vuelto a la vida. ⁹ Conozco tu tribulación y tu pobreza —aunque eres rico— y las calumnias de los que se llaman judíos pero que no son sino sinagoga de Satanás. ¹⁰ No tengas miedo de lo que vas a padecer. Mira, el Diablo va a meter a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis ten-

tados durante diez días. Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida. ¹¹ El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda.

¹² Escribe al ángel de la Iglesia en Pérgamo: Esto dice el que tiene la espada aguda de doble filo. ¹³ Sé que habitas donde está el trono de Satanás; pero mantienes mi nombre y no has renegado de mi fe ni siquiera en los días de Antipas, mi testigo fiel, a quien han dado muerte entre vosotros, ahí donde Satanás habita. ¹⁴ Pero tengo algo contra ti: tienes ahí a los que profesan la enseñanza de Balaán, el que enseñó a Balac a poner tropiezos a los hijos de Israel, a comer de lo sacrificado a los ídolos y a fornicar. ¹⁵ De la misma manera también tú tienes a los que profesan igualmente la doctrina de los nicolaítas. ¹⁶ Conviértete, pues; si no, vendré pronto a ti y combatiré contra ellos con la espada de mi boca. ¹⁷ El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré el maná escondido, y una piedrecita blanca, y escrito en ella un nombre nuevo, que nadie conoce sino aquel que lo recibe.

¹⁸ Escribe al ángel de la Iglesia en Tiatira: Esto dice el Hijo de Dios, el que tiene sus ojos como llama de fuego y sus pies como bronce bruñido. ¹⁹ Conozco tus obras, tu amor, tu fe, tu servicio, tu perseverancia, que tus obras últimas son mejores que las primeras. ²⁰ Pero tengo contra ti que permites a esa mujer Jezabel, que se llama profetisa, enseñar y engañar a mis siervos a fornicar y comer de lo sacrificado a los ídolos. ²¹ Yo le he dado un tiempo para que se convierta, pero no quiere convertirse de su fornicación. ²² Mira, voy a postrarla en cama, y a los que

adulteren con ella los someteré a una gran tribulación, si no se convierten de sus obras; ²³ y a sus hijos los heriré de muerte; y todas las iglesias conocerán que yo soy el que sondea entrañas y corazones, y os daré a cada uno según vuestras obras. ²⁴ Pero a vosotros, los demás de Tiatira, a cuantos no profesáis esta doctrina, los que no habéis conocido las profundidades de Satanás, como ellos las llaman, os digo: no os impongo otra carga. ²⁵ Solo que mantengáis lo que tenéis hasta que yo vuelva. ²⁶ Al vencedor, que cumpla mis obras hasta el final, le daré autoridad sobre las naciones ²⁷ y las pastoreará con cetro de hierro y se quebrarán como vasos de loza, ²⁸ como yo he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana. ²⁹ El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Capítulo 3

¹ Escribe al ángel de la Iglesia en Sardes: Esto dice el que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tus obras, tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. ² Sé vigilante y reanima lo que te queda y que estaba a punto de morir, pues no he encontrado tus obras perfectas delante de mi Dios. ³ Acuérdate de cómo has recibido y escuchado mi palabra, y guárdala y conviértete. Si no vigilas, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. ⁴ Pero tienes en Sardes unas cuantas personas que no han manchado sus vestiduras, y pasearán conmigo en blancas vestiduras, porque son dignos. ⁵ El vencedor será vestido de blancas vestiduras, no borrará su nombre del libro de la vida y confesará su nombre delante

de mi Padre y delante de sus ángeles. ⁶ El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

⁷ Escribe al ángel de la Iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo y el Verdadero, el que tiene la llave de David, de forma que si él abre, nadie cierra, y si él cierra, nadie abre. ⁸ Conozco tus obras; mira, he dejado delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar, porque, aun teniendo poca fuerza, has guardado mi palabra y no has renegado de mi nombre. ⁹ Mira, voy a entregarte algunos de la sinagoga de Satanás, los que se llaman judíos y no lo son, sino que mienten. Mira, los haré venir y postrarse ante tus pies para que sepan que yo te he amado. ¹⁰ Porque has guardado mi consigna de perseverancia, yo también te guardaré de la hora de la tentación que va a venir sobre todo el mundo, para tentar a los habitantes de la tierra. ¹¹ Mira, vengo pronto. Mantén lo que tienes, para que nadie se lleve tu corona. ¹² Al vencedor le haré columna en el templo de mi Dios y nunca más saldrá fuera; escribiré sobre él el nombre de mi Dios, el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la que desciende del cielo de junto a mi Dios, y mi nombre nuevo. ¹³ El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

¹⁴ Escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea: Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios. ¹⁵ Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! ¹⁶ Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca. ¹⁷ Porque dices: «Yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada»; y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo. ¹⁸ Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te

enriquezcas; y vestiduras blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y colirio para untarte los ojos a fin de que veas. ¹⁹ Yo, a cuantos amo, reprendo y corrijo; ten, pues, celo y conviértete. ²⁰ Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. ²¹ Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono. ²² El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Capítulo 4

¹ Después de esto, miré y vi una puerta abierta en el cielo; y aquella primera voz, como de trompeta, que oí hablando conmigo, decía: «Sube aquí y te mostraré lo que tiene que suceder después de esto». ² Enseguida fui arrebatado en espíritu. Vi un trono puesto en el cielo, y sobre el trono uno sentado. ³ El que estaba sentado en el trono era de aspecto semejante a una piedra de diamante y cornalina, y había un arco iris alrededor del trono de aspecto semejante a una esmeralda. ⁴ Y alrededor del trono había otros veinticuatro tronos, y sobre los tronos veinticuatro ancianos sentados, vestidos con vestiduras blancas y con coronas de oro sobre sus cabezas. ⁵ Y del trono salen relámpagos, voces y truenos; y siete lámparas de fuego están ardiendo delante del trono, que son los siete espíritus de Dios, ⁶ y delante del trono como un mar transparente, semejante al cristal. Y en medio del trono y a su alrededor, había cuatro vivientes, llenos de ojos

Libro de Job

Capítulo 1

¹ Había en la tierra de Hus un hombre llamado Job. Era justo, honrado y temeroso de Dios y vivía apartado del mal. ² Tenía siete hijos y tres hijas. ³ Poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas burras y una servidumbre numerosa. Era el más rico de los hombres de Oriente.

⁴ Sus hijos solían celebrar banquetes, cada uno en su día, e invitaban a sus tres hermanas a comer con ellos. ⁵ Terminados esos días de fiesta, Job los hacía venir para purificarlos; madrugaba y ofrecía un holocausto por cada uno, por si habían pecado maldiciendo a Dios en su interior. Job hacía lo mismo en cada ocasión.

⁶ Un día los hijos de Dios se presentaron ante el Señor; entre ellos apareció también Satán. ⁷ El Señor preguntó a Satán: «¿De dónde vienes?». Satán respondió al Señor: «De dar vueltas por la tierra; de andar por ella». ⁸ El Señor añadió: «¿Te has fijado en mi siervo Job? En la tierra no hay otro como él: es un hombre justo y honrado, que teme a Dios y vive apartado del mal». ⁹ Satán contestó al Señor: «¿Y crees que Job teme a Dios de balde? ¹⁰ ¿No has levantado tú mismo una valla en torno a él, su hogar y todo lo suyo? Has bendecido sus trabajos, y sus rebaños se extienden por el país. ¹¹ Extiende tu ma-

no y daña sus bienes y ¡ya verás cómo te maldice en la cara!». ¹² El Señor respondió a Satán: «Haz lo que quieras con sus cosas, pero a él ni lo toques».

Satán abandonó la presencia del Señor.

¹³ Un día que sus hijos e hijas comían y bebían en casa del hermano mayor, ¹⁴ llegó un mensajero a casa de Job con esta noticia: «Estaban los bueyes arando y las burras pastando a su lado, ¹⁵ cuando cayeron sobre ellos unos sa-beos, apuñalaron a los mozos y se llevaron el ganado. Solo yo pude escapar para contártelo».

¹⁶ No había acabado este de hablar, cuando llegó otro con esta noticia: «Ha caído un rayo del cielo que ha quemado y consumido a las ovejas y a los pastores. Solo yo pude escapar para contártelo».

¹⁷ No había acabado este de hablar, cuando llegó otro con esta noticia: «Una banda de caldeos, divididos en tres grupos, se ha echado sobre los camellos y se los ha llevado, después de apuñalar a los mozos. Solo yo pude escapar para contártelo».

¹⁸ No había acabado este de hablar, cuando llegó otro con esta noticia: «Estaban tus hijos y tus hijas comiendo y bebiendo en casa del hermano mayor, ¹⁹ cuando un huracán cruzó el desierto y embistió por los cuatro costados la casa, que se derrumbó sobre los jóvenes y los mató. Solo yo pude escapar para contártelo».

²⁰ Entonces Job se levantó, se rasgó el manto, se rapó la cabeza, se echó por tierra ²¹ y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor».

²² A pesar de todo esto, Job no pecó ni protestó contra Dios.

Capítulo 2

¹ Un día los hijos de Dios se presentaron al Señor; entre ellos apareció también Satán. ² El Señor preguntó a Satán: «¿De dónde vienes?». Satán respondió al Señor: «De dar vueltas por la tierra; de andar por ella». ³ El Señor añadió: «¿Te has fijado en mi siervo Job? En la tierra no hay otro como él: es un hombre justo y honrado, que teme a Dios y vive apartado del mal. Tú me has incitado contra él, para que lo aniquilara sin más ni más, pero todavía persiste en su honradez».

⁴ Satán contestó al Señor: «Piel por piel; por salvar la vida el hombre lo da todo. ⁵ Extiende tu mano y hiérello en su carne y en sus huesos. ¡Verás cómo te maldice cara a cara!». ⁶ El Señor respondió a Satán: «Haz lo que quieras con él, pero respétale la vida».

Satán abandonó la presencia del Señor. ⁷ Entonces hirió a Job con llagas malignas, desde la planta del pie a la coronilla. ⁸ Job cogió una tejuela para rasparse con ella y se sentó en el polvo. ⁹ Su mujer le dijo: «¿Todavía persistes en tu honradez? Maldice a Dios y muérete». ¹⁰ Él le contestó: «Hablas como una necia. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?». A pesar de todo, Job no pecó con sus labios.

¹¹ Tres amigos de Job, al enterarse de las desgracias que le habían sobrevenido, acudieron desde sus respectivos países. Eran Elifaz de Temán, Bildad de Súaj y Sofar de Naamat, que se pusieron de acuerdo para ir a compartir su pena y consolarlo. ¹² Al verlo de lejos y no reconocerlo, rompieron a llorar, se rasgaron el manto y echa-

ron polvo sobre sus cabezas y hacia el cielo. ¹³ Después se sentaron con él en el suelo y estuvieron siete días con sus noches, pero ninguno le decía nada, viendo lo atroz de su sufrimiento.

Capítulo 3

¹ Job abrió por fin la boca y maldijo así su día, ² diciendo:

³ «¡Muera el día en que nací

y la noche que anunció:

“Se ha concebido un varón”!

⁴ Conviértase ese día en tinieblas,
que Dios desde lo alto se desentienda de él;

no brille la luz sobre él,

⁵ reclámenlo las sombras tenebrosas,

cúbranlo densos nubarrones,

que un eclipse lo llene de terror.

⁶ Que se apodere de esa noche la oscuridad.

No se sume a los días del año

ni entre en la cuenta de los meses.

⁷ Que esa noche quede estéril,

cerrada a los gritos de júbilo.

⁸ Maldíganla los que maldicen al Océano,

los expertos en conjurar al Leviatán.

⁹ Vélese las estrellas de su aurora;

espere la luz y que esta no llegue;

no vea el parpadeo del alba.

¹⁰ Porque no me cerró las puertas del vientre

y me evitó contemplar tanta miseria.

¹¹ ¿Por qué al salir del vientre no morí
o perecí al salir de las entrañas?

¹² ¿Por qué me recibió un regazo
y unos pechos me dieron de mamar?

¹³ Ahora descansaría tranquilo,
ahora dormiría descansado

¹⁴ con los reyes y consejeros de la tierra
que se hacen levantar mausoleos,

¹⁵ o con los nobles que amontonan oro,
que acumulan plata en sus palacios.

¹⁶ Como aborto enterrado, no existiría,
igual que criatura que no llega a ver la luz.

¹⁷ Allí acaba el ajetreo de los malvados,
allí reposan los que están desfallecidos.

¹⁸ Con ellos descansan los prisioneros,
sin oír la voz del capataz;

¹⁹ se confunden pequeños y grandes
y el esclavo se libra de su amo.

²⁰ ¿Por qué se da luz a un desgraciado
y vida a los que viven amargados,

²¹ que ansían la muerte que no llega
y la buscan más escondida que un tesoro,

²² que gozarían al contemplar el túmulo,
se alegrarían al encontrar la tumba;

²³ al hombre que no encuentra camino
porque Dios le cerró la salida?

²⁴ Por alimento tengo mis sollozos,
los gemidos se me escapan como agua.

²⁵ Me sucede lo que más me temía,

lo que más me aterraba me acontece.

²⁶ Carezco de paz y de sosiego,
intranquilo por temor a un sobresalto».

Capítulo 4

¹ Elifaz de Temán respondió así:

² «¿Soportarás que te dirijan la palabra?;
¿quién podría contener una respuesta?

³ Tú, que a tantos instruías
y fortalecías los brazos endebles;

⁴ tus palabras animaban al vacilante,
robustecías las rodillas inseguras,

⁵ ¿y ahora que te toca a ti, flaqueas,
te llega el turno y te espantas?

⁶ ¿No confiabas en tu piedad?

¿No ponías la esperanza en tu honradez?

⁷ ¿Recuerdas a un inocente destruido?

¿Has visto a los justos exterminados?

⁸ Yo he visto que quienes labran maldad
y siembran desgracia, las cosechan.

⁹ Cuando Dios alienta, perecen,
el soplo de su ira los consume.

¹⁰ Aunque ruja el león y gruña la fiera,
a los cachorros les arrancan los dientes.

¹¹ Perece el león por falta de presa,
las crías de la leona se dispersan.

¹² Me llegó una palabra furtiva,
oí su suave susurro;

- ¹³ entre pesadillas de visiones nocturnas,
cuando el letargo se ceba en los hombres,
¹⁴ fui presa de terror y agitación,
se estremecieron todos mis huesos.
¹⁵ Se deslizó un viento por mi cara
que erizó el vello de mi cuerpo.
¹⁶ Allí estaba, de pie;
no reconocí su figura,
pero vi su imagen ante mí.
Tras el silencio escuché una voz:
¹⁷ “¿Puede un mortal ser justo ante Dios?,
¿o un hombre ser puro ante su Hacedor?”.
¹⁸ Si no confía en sus siervos,
si en sus mensajeros percibe defectos,
¹⁹ ¿qué hará con los que habitan entre adobes,
en casas cimentadas sobre barro?
¡Se los aplasta igual que a la polilla!
²⁰ De la mañana a la tarde se derrumban,
desaparecen sin que a nadie le importe.
²¹ Les arrancan las clavijas de su tienda
y mueren por falta de sabiduría.

Capítulo 5

- ¹ Llama, a ver quién te responde,
¿a qué santo piensas recurrir?
² El necio es víctima del despecho,
y al simple lo mata la pasión.
³ Yo he visto a un necio echar raíces
y de pronto malograrse su morada,